



Madrid COMICO

Director: SINESIO DELGADO

GONZALO CANTÓ



Muchas obras estrenó
y, ó me es infiel la memoria,
ó triunfó en todas Cantó
y siempre cantó... victoria.

SUMARIO

TEXTO: El bibliófilo, por Luis Taborda.—A las pinchas, por Eduardo Esquivel.—Adivinarse tu caso, por Juan Pérez Zúñiga.—Palique, por Claudio.—A Marlana de Cayla, por José Jackson Veyra.—La víctima, por Ricardo J. Carreras.—Estado sanitario, por Manuel Matos.—Cosa, por Julio de las Cuevas.—La economía, por Manuel Soriano.—Una explicación, por Simón Delgado.—Correspondencia particular.—Anuncios.

CRONICAS: Gómalo Cantó.—Vía de siglo.—Anuncios, por Cilla.

EL BIBLIÓFILO (1)

I

Don Melitón daba vueltas en la cama, lo mismo que el condenado á quien acaban de sentenciar á la caldera de aceite hirviendo. Dos horas hacía que llamaba al sueño, y el sueño no quería venir.

Aquella mañana su amado discípulo y aventajado orador del Ateneo de jóvenes gramáticos, D. Gumersindo de la Magnolia, le había dado la gran noticia de que en la biblioteca provincial de Orense existe un ejemplar del famoso incunable *Los amores de un chato*, obra notabilísima, no leída nunca por D. Melitón, que era uno de nuestros bibliófilos más voraces.

—¡Ah!—se decía con amargura, frotando uno de sus pies contra las sábanas á fin de contrarrestar el picor de los sabañones.—¡Yo he de obtener esa preciosa joya, ó perderé la existencia en la demanda!

Cuando después de grandes esfuerzos consiguió quedarse dormido, soñó que estaba en una cueva, rodeado de incunables y de ratones que le miraban furiosos y le disputaban la posesión de aquellos estimadísimos mamotretos. Había logrado apoderarse de uno é iba á guardárselo en el pecho; pero una rata, á quien él encontraba gran parecido con Menéndez Pelayo, hincaba sus afilados dientes en un sabañón del bibliófilo, obligándole á lanzar un agudo grito.

D.^a Paula, su cariñosa ama de gobierno, penetró sobresaltada en la alcoba del sabio, que había abierto los ojos, y de pie sobre el lecho trataba de defenderse contra sus congéneres los roedores de *infolios*, descargando puñetazos al aire.

—¡Señor, señor! ¿Qué le pasa á usted?—preguntó D.^a Paula sin atreverse á mirar á su amo.

D. Melitón se hizo cargo bien pronto de lo ocurrido, y por toda respuesta envolvió su ilustre personalidad en la colcha, saltó de la cama con una agilidad impropia de sus sesenta y cinco años, y fué, según costumbre, á sumergir la cabeza en el cubo.

Después dijo á D.^a Paula:

—Prepare usted al momento la maleta.

—¿La maleta?

—Salgo hoy mismo de Madrid.

II

La primera visita de D. Melitón, al poner el pie en la ciudad de Orense, fué para el bibliotecario provincial.

—Soy Melitón Fernández, académico y uno de los *arcades* más antiguos de este mundo—dijo al entrar.

El bibliotecario se inclinó reverentemente.

—Pues bien—significó diciendo el sabio,—contésteme usted sin vacilaciones ni subterfugios. ¿Conoce usted *Los amores de un chato*?

—Sapientísimo señor—contestó el bibliotecario,—esa obra monumental, esa maravilla de los siglos, está aquí.

D. Melitón se lanzó al cuello de su interlocutor y comenzó á darle besos con la exaltación febril de los esposos que regresan de Filipinas.

—¡Gracias, gracias!—exclamaba.—¡Es usted un ángel del cuerpo de archiveros bibliotecarios! ¡Es usted mi niña Egeria, mi estrella matutina, mi ídolo!

Y apretaba el cuello del bibliotecario, que iba perdiendo el color y no osaba oponerse á los propósitos amantes del forastero por no faltar á la Academia ni á los *arcades* de Roma.

(1) Estando enfermo nuestro compañero el Sr. Taborda, y no pudiendo escribir esta semana la crónica, copiamos este artículo de su último libro *La vida social*.—N. de la R.

Cuando D. Melitón se vió en la biblioteca y pudo estrechar contra su corazón el ambicionado incunable, comenzó á dar gritos de júbilo y á derramar lágrimas como almendras.

—No extrañe usted estos transportes de entusiasmo—decía.—Los libros son mi única familia. Yo los adoro como si los hubiera llevado nueve meses en mis entrañas.

Y besaba el ejemplar con frenesí.

Eran las nueve de la noche cuando el sabio abandonaba la biblioteca, y sólo entonces recordó que no había comido desde el día anterior; pero los sabios no comen cuando tienen que remover esos trastos viejos de la historia en busca de un libro inútil ó de un dato ridículo.

—Todos mis libros inéditos, mis economías, cuanto soy y cuanto valgo, está á disposición de esta provincia; pero yo me llevo *Los amores de un chato*—dijo D. Melitón mirando amorosamente al bibliotecario.

—¡Imposible!

—¿Imposible?

—Todo el oro del mundo no conseguiría torcer la voluntad de la diputación provincial. Este libro no se venderá nunca.

—¡Nunca!—gritó D. Melitón apoyándose en la pared para no caer desplomado.

Después apoyó el dedo índice en su ancha frente, arqueó las cejas, y girando sobre sus talones, desapareció entre las sombras de la noche, repitiendo esta terrible palabra:

—¡Nunca! ¡Nunca!

III

Las sombras envolvían por completo el salón de la biblioteca. El conserje dormía. Sólo el ronquido del gato, que había ido á acurrucarse en un rincón de la estantería, turbaba el silencio de aquella mansión augusta, donde reposaban mil hombres ilustres envueltos en sus sudarios de pergamino.

D. Melitón había conseguido penetrar en la biblioteca aprovechando un descuido del conserje. Acurrucado en un rincón, había esperado que el vigilante se fuera á la cama; después salió de su escondite y dió algunos pasos por el ancho salón, cuidando de no meter ruido.

—Mi tesoro está en el estante de la derecha—dijo el sabio.

Y se dirigió hacia la derecha.

Había visto colocar el incunable entre un *Amadis de Gaula* y las *Máximas morales* del barón de Andilla, y tenía la seguridad de no equivocarse el estante.

—¡Aquí es!—dijo lanzando un suspiro de felicidad, y comenzó á recorrer con los dedos los apretados volúmenes.

Un nuevo grito de alegría se escapó de su pecho. Acababa de tropezar con su precioso libro.

Rápido como una gacela perseguida recorrió la distancia que le separaba de la puerta, levantó el pestillo y pronto se halló en un estrecho corredor. En el extremo del corredor había una ventana; D. Melitón vió que debajo de la ventana estaba el jardín y que la altura era poca.

—¡Oh, mi incunable!—dijo apretándole contra su pecho.

Y se lanzó al jardín como un suicida.

Peró cayó en blando, y pronto pudo notar que estaba metido hasta la cintura en la sustancia animal que da lozanía á las plantas. El sabio no tenía tiempo de indignarse ni de aspirar aquellos aromas, y sólo pensó en escalar la tapia del jardín.

Cinco minutos después entraba en la fonda, con la ropa hecha jirones y la cara hecha una lástima.

—¿A qué hora sale el tren para Madrid?—preguntó al mozo.

—Á las cuatro.

D. Melitón guardó cuidadosamente en la maleta su inestimable tesoro, pagó la cuenta de su hospedaje y se dirigió á la estación del ferrocarril, mirando siempre hacia atrás como quien huye del casero.

Dos horas después el tren se lanzaba á toda velocidad por la vía férrea.

—¡Paula! ¡Paula! Vaya usted á comprar una esponja inmediatamente—decía D. Melitón á su ama de gobierno mientras se quitaba la levita.

—¡Jesús! ¡Cómo viene usted! ¡Qué peste!

—¡Silencio!—exclamó el sabio con acento cavernoso.

D.^a Paula creyó oportuno ir á buscar la esponja, á fin de que el bibliófilo pudiera fregarse, que buena falta le hacía.

Entretanto D. Melitón, con los ojos inyectados por la felici-

dad, el labio tembloroso y el pulso agitado, abría la maleta y buscaba ávidamente el inspreciable tesoro.

—¡Aquí está!—dijo por último, y estampó en el incunable un sonoro beso; pero de pronto lanzó un grito y cayó al suelo murmurando:

—¡Cielos! ¡Me he traído las *Tropeadas* de D. Víctor Balaguer!

LUIS TABOADA.

Á TUS PLANCHAS

Mi agraciada planchadora,
Concha Rodríguez Motrico:
¿Conque quieres ser ahora,
como tú dices, *actora*
y compañera de Vico?

Como el padre nuestro sabes
la Doña Inés del *Tambor*,
y aunque de ello no te alabes,
pides con eso las llaves
que abren el Conservatorio:

y, armada de tu beldad
para la artística lid,
buscas tu felicidad
en la locjanimidad
de Teodora Lamadrid.

¿Que la plancha da muy poco
y el teatro ofrece mucho?
Pero ¿piensas que estoy loco
y en la escena te coloco
porque te da ese arrechecho?

En tus buenas manos, hija,
á la Academia es mejor
que tu plancha se dirija;
que, en las vistas de *hilo*, *fija*,
de *himpia* y de *esplendor*.

Allí entran varios así,
por sus *planchas* y á sus anchas
para darte ejemplo á tí,
y siguen *haciendo planchas*
aun después de entrar allí.

Pero ¡al teatro! ¡Por Dios!
¿Concha Rodríguez? Te digo,
Concha, acá para *inter nos*,
que en tu nombre no habrá amiga
que halle gloria para dos.

Mecho obligarte sería;
tanto ese nombre brillaba
en la Rodríguez que un día
con Tersicore se alaba
á ser alma de Talía.

¿Lástmeste Concha ó Manuela
y Rodríguez por tu padre,
vé que el genio se revuela
porque sale de la madre,
no por entrar en la Escuela.

Y pues no has nacido artista,
tu hornillo por Dios enciende,
sigue planchando batista,
y que tu madre no insista
en que yo te recomiende.

Sólo por lo encantadora,
¿qué habías de hacer ahora
del templo entre las columnas?
Lo que hacen otras alumnas
que sufre doña Teodora.

Nada, Conchita, ten seso
y plancha, pues vives de eso,
el arte dejando aparte;
que ya estamos bajo el peso
de *otras planchas* en el arte.

EDUARDO BUSTILLO.

Á DIVERTIRSE TOCAN

(EXPANSIONES DE UN DANZANTE VIEJO)

«¡Ya vino el invierno! ¡Me alegro de veras!
De fijo un diluvio de fiestas habrá:
soirées musicales, comedias caseras
y bodas y bailes aquí y acullá.

Algunos *papeles* así lo declaran,
y muchas señoras con vivo interés
anuncian, proyectan, combinan, preparan,
disponen y arreglan espléndidos té.

La baronesita del Tálamo-Endeble
tendrá su brillante primera reunión
en cuanto la encolen la pata de un machito
que el año pasado deshizo el barón.

La amable marquesa del Sacro-Pepino
recibe los martes, según dijo ayer,
y anuncia su boda con un filipino
que tiene el cacumen echado á perder.

Los jueves recibe la viuda de Lata,
los viernes el conde del Real-Chapatón,
y todas las noches Pepona la Chata,
que es prima de leche de Luis el Tambor.

También este invierno nos brinda placeres
la casa del cónsul de Navalmoral,
donde es ya salido que acuden mujeres
de hermosa figura, de rostro ideal.

En casa de Gómez, que tiene tablado,
se harán las comedias del año anterior:
La duquesa, *Condalia*, *El veinte pelado*,
Rascarse la tripa y *El palo mayor*.

Modestas reuniones habrá en muchas partes,
y en casa de Peña de Ijo tendrán
concierto los lunes, raleta los martes,
los jueves trisagio, los viernes can-can.

¿Hay mil diversiones? Que yo vaya á tantas
lo impide el resaca, lo veda la tos.
¿En cuáles salones pondré yo mis plantas,
que, aunque es discutido, no pasan de dos?

Si aún fuera yo joven, ustedes no duden
que preferiría, como es natural,
el ver las mujeres que es fama que acuden
á casa del cónsul de Navalmoral.

Mas ya entrado en años, ¿quién piensa en jaleos?
Veré dónde tienen mejor ambiente,

si en casa del duque de Valdeleños,
ó en casa del conde de Casa-Manibrá,
y allí iré gustoso, ya es cosa resuelta,
por más que la gente murmure de mí
(después, por su puesto, de dar una vuelta
por casa del cónsul, á ver qué hay allí).

Con esto y con irme, si así me conviene
(llevando conatos de curda quités,
á ver á la Chata, que es hombre que tiene
narices de menos y lengua de más,
habré yo resuelto por hoy el problema,
si no se apercebe mi pobre mujer.

¡Tratar á los duques! ¡Bailar con la *craxa*!
¡Chupar de los condes!... ¡Qué inmenso placer!

Por no salir fuera el *lanamito* viejo.

JUAN PÉREZ ZOSIGA.

PALIQUE

Me disgusta ver la insistencia con que D.^a Emilia Pardo Bazán (que no es la protagonista de mi próxima novela *El fardo y el baño*) se empeña en *proctorirme* ó en *inhibirme*, como diría ella, condenándome á una especie de muerte civil literaria. Eso no vale; como tampoco vale aconsejar á las casas editoriales extranjeras, de modo más ó menos directo, que no traduzcan mis novelas y traduzcan las de gente, lengua; como no vale infundir para que los *historiadores* nacionales y extranjeros *no lo citen á uno* en sus reseñas literarias... Eso es una picardía; y si no tuviera *uno* relaciones por otro lado, se había divertido *uno*. Y quien dice *uno*, dice *dos* y hasta *tres*.

Porque igual procedimiento aplica D.^a Emilia á Pereda y á Armando Palacio.

A un corresponsal extranjero de una casa editorial americana que pedía á D.^a Emilia noticia de los novelistas españoles actuales dignos de ser traducidos, la Sra. Pardo Bazán le citaba varios autores, y llegaba hasta la *biblioteca novelesca*... pero ¿qué memoria la suya! no se acordaba de que Pereda estaba en el mundo.

Si se ha de entrar en la Academia, hay que dejar estos pellizcos y repelones femeniles, señora.

Envío yo al *Nuevo Teatro Crítico*, con sobre certificado, el *Discurso* que acabo de publicar; le envío á la calle Ancha de San Bernardo, número 37, *casa propiedad* de D.^a Emilia... y nada, como si cantara. En el número 11 del *Nuevo Teatro Crítico*, entre los libros recibidos encuentro *dos* discursos inaugurales de otras tantas universidades españolas, y el mío, que es de esos, se queda en el tintero. ¿Querrá demostrarme D.^a Emilia que no hay tal discurso mío? ¿Por qué no lo anuncia, puesto que lo ha recibido? ¿Porque yo he censurado cosas suyas? Pues eso no tiene nada que ver. En mis *folletos literarios* anuncié yo á veces libros que se escriben contra mí, porque me los envían y que, sólo por esto, tienen derecho al anuncio. Hay más leyes que las escritas y las que tienen sanción oficial. Eso que usted hace no es crítica. Las rencillas de usted no le dan derecho para *falsificar* así la verdad. Usted puede ponerme como un trapo, si lo cree justo; pero negar que recibo mis libros no puede, moralmente. ¿Es que en España no hay más escritoras que las que á usted le entran por el ojo derecho, según se dice generalmente? ¿Para qué hace usted esto? ¿Para hacerme callar á mí? Pues no lo conseguirá. Yo seguiré diciendo de usted lo muchísimo bueno que merece, y también lo que no sea tan bueno.

Así, diré, por ejemplo, que el estudio que está publicando D.^a Emilia acerca de Alarcón es, en general, excelente y muy oportuno, y una obra de justicia. Diré también que el artículo que la Pardo dedica á Luis Taboada es discretísimo, penetra en el fondo del mérito de nuestro querido compañero, y demuestra que D.^a Emilia sabe prescindir de engañosas apariencias... á veces. Añadiré, además, que estoy conforme con la opinión de la ilustre escritora acerca de las llamadas *Memorias de Gayarre*, que no son de Gayarre efectivamente. Mi admiración, mi egoísta admiración por Gayarre es acaso mayor que la de D.^a Emilia; yo creo que le echo *más de menos* que ella; pero concedo que un *gran tenor* no es un *gran artista* en el sentido riguroso de la palabra. Y digo también que el autor de las *Memorias* ha hecho una buena obra, pero ha escrito una obra mala; no por nada, sino porque está mal escrita, muy mal escrita; y Gayarre merecía que su amigo hubiera encargado la *revisión* de ese libro á una escritora artista. En lo que no estoy de acuerdo con la escritora insigne es en que se diga «facultades intelectuales y psíquicas», como ella dice en el núm. 11 de su *Teatro*. Porque si lo intelectual no es psíquico también, ¿qué es?

Tampoco apruebo que el verbo explotar se emplee en castellano en el sentido de estallar. Hay *explosión*, pero no explotar. La Academia en este punto me parece más castiza que doña Emilia.

Yo creo, señora, que la crítica es ésta: hacer lo que yo hago con usted; obligarle á estar á las dulces y á las agrias, á las verdes y á las maduras. Lo demás es *compadreo* por un lado, y venganza por otro.

CLARÍN.

FIN DE SIGLO



—Tú puedes ir con mi marido donde quieras.
Con quien no me da la gana que vayas es con el
tuyo precisamente.



Ella dice a todo el mundo
que sale por devoción,
y oye misa con sermón...
en un cuartito segundo
de la calle del León.



—¡Buena broma le estoy dando a mi mujercita!
Como llevo la capa de Alfredo, cree que soy él y
me está siguiendo toda la tarde.



—¡Hola! Paice que hoy se porta mi chica. Ya
hay tabaco seguro pa una semana.



—Será deshonroso vivir a costa de una mujer,
pero no caerá esa breva!



—El caso es que va a llover mucho, y si voy a casa
antes de las cinco, estará allí D. José probablen-
te, y se va a poner... seguro.

Á MARIANO DE CAVIA (4)

*¡Cómo te has enfiado,
Como de una mujer,
sin con el petiño
que en el pecho llevas!*

De tu vasta erudición
y tu rica inspiración
segura muestra nos dabas,
y hace ya tiempo que estabas
dentro de *La Ilustración*.
Como premio á tu talento,
no me extraña el nombramiento
de crítico literario
del ilustre semanario
de las artes monumentales.

Sé que es mucho tu saber
y no ignoro lo que vales;
pero juzgo, á mi entender,
que te van á dar que hacer
las revistas teatrales.

De tu franqueza testigo,
el nombramiento bendigo,
pues cuando estrene algo malo,
sé que, si me das un paló,
el paló será de amigo.

Sé que no me pegarás
sin razón: eso jamás.
Yo no lo siento por mí,
pero lo siento por tí
si pegas á los demás.

Los hay de mucho cuidado
en el ramo de escritores.
No sabes ¡oh Cavia amado!
el honor tan delicado
que tienen ciertos autores.

Los saca de sus casillas
que censuren sus obrillas.
Si la justicia tremolas,
ó ponte las zapatillas,
ó prepara las pistolas.

Si escribes con sangre y hiel,
queridísimo Mariano,
te presagio un fin cruel.

aun cuando tengas la mano
izquierda de Rafael.

Por tu crítica discreta
tendrás pendencia segura.
No te sirve la muleta
si se te arranca un poeta
dramático de Misra.

Tienes arte y corazón,
pero no basta, á mi ver.
En tu nueva profesión
dos cosas has de tener:
paciencia y mala intención.

Nada de brega lucida:
un toro de camama.
¡No tengas una cogida
en la primera corrida,
que estés un mes en la cama!

Que no logren engancharte.
Cuando vayas á tirarte,
mete hasta el puño la mano.
Toma los muletos, Mariano,
en el redondel del arte.

Por tu gracia y tu salero
hoy *La Ilustración* te caza.
Aunque humilde compañero,
sabes que en la misma plaza
me tienes de puntillero.

Ya que en el terreno estás,
como bueno cumplirás.
Yo mi ignorancia deploro:
podré, si te *encana* un toro,
colearle y nada más.

Ya mis consejos te di
y como amigo cumplí.
¡Yo á tu talega me agarro,
y guárdame algún cigarro,
si te los echan á til!

JOSÉ JACKSON VEYAN.

LA VÍCTIMA

En el rosal la discusión se abría.
—Yo quisiera (una rosa prorrumpía)
en bícaro gentil verme orgullosa,
entré lirios y nardos y claveles
que me solicitaran por hermosa.

Otra le respondió:
—¡No persigas tan falsos oropeles!
¡Esos delirios insensatos deja
y sigue en este lánguido abandono!
Toma ejemplo de mí: sólo ambicioso
morir en el rosal, morir de vieja!

Y replicó otra flor:—¡Habrás locura!
¡Querer seguir en el rosal, Dios mío!
¡Dónde el viento sin tregua nos tortura
y nos ajan las gotas del rocío?...
¡Sabes, hermana mía, lo que quieres?
¡Haz como yo, que adoro la hermosura!
¡Quiero morir cuidada por mujeres!
¡Quiero verme en el pecho de una hermosa
y palpitar con ella y ser dichosa!...

Al terminar este discurso vano
quedó el tallo deshecho,
y una mujer, con atrevida mano,
cortó la rosa y la prendió en su pecho.

¡Era la pobre rosa
tan feliz en el pecho de la hermosa,
cuando pudo notar que algunas veces,
mientras cierto galán se aproximaba,
con dulces y secretas embriagueces
el pecho de la hermosa palpizaba!

Y cierto día, en que el galán sabido
le dijo á la mujer algo al oído,
al darse los amantes un abrazo,
de aquella flor se deshojó un pedazo.
Pues tal fue aquel abrazo impertinente
que, aun estando la rosa muy sujeta,
murmuró tristemente:

—¡Me ha hecho daño!... ¡Qué brutal! ¡Cómo aprieta!

Al dirigirse la mujer al lecho
tocó la rosa y la quitó del pecho,
y luego se durmió profundamente,
tal vez pensando en la siguiente cita:
mientras la rosa, víctima inocente,
fué agonizando hasta quedar marchita.
Y otras flores, que estaban á su lado,
aún á veces relatan
que les dijo al morir:—¡Tened cuidado!
¡Hay abrazos que matan!

RICARDO J. CATARINEU.

ESTADO SANITARIO

Puesto que la falta de dinero ha llegado á ser considerada como un malestar del hombre, ¿por qué no se ha de colocar decididamente la *sindineritis* entre las enfermedades que aquejan á la humanidad?

Generalmente al que no tiene una peseta en el bolsillo y se le pregunta «¿qué tal va?» contesta siempre «mal» y pone los ojos tristes y la cara compungida.

Hay muchos que preferirían un dolor de muelas, que es el dolor más molesto que se conoce, á la falta absoluta de dinero.

Esto sin tener en cuenta que con dinero pueden quitarse el dolor de muelas y las muelas mismas, mientras que sin dinero ¿para qué sirven las muelas?

La falta de dinero suele acarrear graves desórdenes físicos. ¡Cuántos desarreglos del estómago no reconocen otro origen que la falta de dinero! No habiendo dinero no se corre el riesgo de las indigestiones, pero resulta más caro el coscorrón que el bollo; es decir, que la falta de bollo.

Denme con qué comer, que lo de procurar que la comida no me haga daño es cuenta mía.

Los duelos con pan son menos, dice muy acertadamente un refrán español, y los duelos sin pan son duelos doblados; con que no puede estar más demostrado que la falta de cuartos es una enfermedad.

A mí me sucede que cuando no tengo dinero me duele todo el cuerpo, siento un malestar general, y no puedo decir que el dolor se me ha fijado en tal ó cual sitio, sino que todo yo soy un puro dolor.

Y no puede darse mayor parecido entre la falta de dinero y la falta de salud, porque una y otra circunstancia me obligan á guardar cama. Cuando no estoy bueno no tengo gusto para nada, y cuando no tengo dinero me falta no sólo el gusto, sino el gasto, y me meto en el lecho, no porque así sienta alivio, sino porque es el medio mejor para no gastar.

Considerando, pues, que la *sindineritis* es una enfermedad, y de las más graves por cierto, y considerando que á veces se presenta en forma epidémica, creo yo que los gobiernos debieran ocuparse en este grave mal y acudir á su remedio. De esta manera podría decirse con más exactitud que los gobiernos son paternales y procuran la felicidad de los pueblos.

Así como hay un ramo titulado de Beneficencia, debiera haber otro destinado al alivio de estas enfermedades, con sus médicos especialistas y sus farmacias correspondientes, que como es natural dependerían de Hacienda, aunque se corriera el riesgo de que todos los días tuviéramos noticia de que un farmacéutico había tomado las de Villadiego con todas las medicinas. Bien mirado, eso sucede hoy, sin que á tales fugas se ponga remedio.

Las recetas, que podrían tenerse impresas para mayor claridad, dirían poco más ó menos:

Despáchese:
De los billetes de mil pesetas..... 1
De los idem de cincuenta idem..... 8
De las monedas llamadas ochentines..... 12
Mézclase, y déscle al enfermo antes de la comida.

Doctor Fulano.
Rúbrica.

También debiera haber hospitales donde se entrara por una puerta y se saliera por otra.

(Por Dios, que si los ponen no dependan de la Diputación provincial, porque entonces... ¡buenas noches!)

Los tales hospitales debieran estar confiados á gente experta que averiguara á primera vista lo que cada cual necesitara.

Las consultas vendrían á ser por el tenor siguiente:

—¿Qué siente usted?

—Señor, yo siento haber nacido, porque para verme como me veo...

—¡Calma! ¡Para todo hay remedio en el mundo! ¿Cómo anda usted de apetito?

—¡Ay, señor! A lo que yo siento no pueda llamársele apetito, sino voracidad. Me comía el caballo de bronce reducido á perros grandes.

—Bueno. ¿Y sueño? ¿Duerme usted bien?

—Que he dormido! Si no pienso más que en el premio gordo de la lotería...

—A usted le conviene tomar aires.

(4) Con motivo de su nombramiento de crítico teatral de *La Ilustración Española y Americana*.

—¿Aires? Pues si no tomo otra cosa desde la mañana hasta la noche.

—Pero no son aires puros. Los aires que yo digo son de otra índole. Le daremos á usted un destinito en Cuba, con buen sueldo, gratificación, viaje pagado y viático.

—¿Ay! Eso del viático creo que me ha de sentar muy bien.

—Nada, nada! Que lleven al señor en una camilla al Ministerio de Ultramar y que le den lo que necesita.

También debieran instalarse casas de socorro para casos urgentes.

Porque suele suceder á veces que sale un hombre de casa sin dinero. Esto es frecuente, sobre todo para los que no tienen dinero en casa.

Habiendo casas de socorro, se presentaría uno en ellas, como hoy se presenta el que yendo por la calle da un batacazo.

—¿Qué le ha ocurrido á usted?

—Pues que al ir á entrar en Fornos á comer, me he echado mano al bolsillo y me he encontrado sin dinero. ¡Ya ve usted!

—¿Quién entra á comer sin dinero?

—¿Es verdad! ¿Qué demontres! ¿Son ustedes atolondrados! ¿No miran donde ponen los pies!

—Señor, yo sí que lo miro. ¿No digo que el suceso ha sido al entrar en Fornos? Si no mirara dónde pongo los pies...

—¡Buena! ¡buena! Pase usted al botiquín, y que le den una moneda de cinco duros.

—¿Pero hay de eso todavía?

—¿O un billete de Banco! ¿Es igual!

Y bien, señores lectores, ¿necesitaré apuntar aquí todo lo que se me ocurre respecto de este particular?

No; el claro ingenio de ustedes les dictará las ideas que me dejo en el tintero, y que son complementarias y consecuencia de las expuestas.

¡Ah, señores! ¡Ah!

España sería un país próspero, un país dichoso si, así como cada español tiene seis ó siete palmas donde tumbarse, tuviera también seis ó siete duros diarios, para comer, beber y arder, es decir, y fumar.

El gobierno que atienda á esta necesidad, el que nos procure tal beneficio, ése logrará la popularidad que todos persiguen.

Bien mirado, la nación daría para esas gollerías, como hoy da para otras.

¿No figuramos como país contribuyente á la cabeza de todas las naciones?

¿No figuramos como país de pobres al frente de todos los países?

—Pues... francamente, no me lo explico!

¡Aunque hay que advertir que ando estos días un poco malo!

MANUEL MATOSES.

COSAS

Sin mujer y sin hijos, ya achacoso, de propia consunción murió un sujeto; dejó fama de rico, y sus sobrinos eran sus inmediatos herederos. Cual lobos que olfatean el rebaño la noticia cundió rápida entre ellos, y empezó la comedia. ¡Qué desgracia! El tío ha fallecido! ¡El tío ha muerto! Hay que hacerle un entierro de primera, es la única prueba que podemos otorgar justamente á su memoria en señal de cariño y sentimiento. Y de aquesta manera impresionados á la casa mortuoria concurrieron, dispuestos á cumplir sin restricciones cuanto pudo dictarles el afecto. Mas aquellas riquezas fabulosas con pérdida notable decrecieron, y pensada que fué la desventaja, se entibaron los ánimos de duelo y acordóse un entierro de segunda, evitándose así gastos superfluos. Se pudo al fin determinar la herencia, conocido que fué su testamento, y viendo que la deuda confesada rebajaba el activo hasta el extremo, acordaron entonces los sobrinos rebajar á tercera el tal entierro, pues siendo de primera ó de segunda era lo mismo que perder dinero, y aunque el caso era poco equitativo, ofrecía sin duda más provecho. Y aquel segundo padre, *san Heródo*, no fué de caridad al cementerio porque entre ellos había un matemático y probaba con números concretos ¡que el líquido á prorrata de la herencia superaba á los gastos del entierro!

JULIO DE LAS CUEVAS.

LA ECONOMÍA

(A UNA BUENA SEÑORA.)

Dígame usted lo que quiera, pero tenga usted entendido que yo he de ser un perdido hasta el día en que me muera; pues aunque pareciera mal, yo creo, señora mía, que eso de la economía es música celestial.

Tal vez diré un destinito de primera magnitud, pero... ¿qué que la multitud opina como yo opino?

Y prueba de que no estoy dispuesto á variar ni un punto, y que siempre en este asunto pensaré como hasta hoy, es que gasto á todo pasto cuanto consigo tener, y que siento el no poder gastar más de lo que gasto.

Y ahí va, para conclusión, ese boceto de historia, que es la prueba más notoria de que me sobra razón.

Erase Juan un buen hombre que trabajando á destajo consiguió con su trabajo alcanzar dinero y nombre; y cuando, libre de apuros, vió sus deseos cumplidos logrando tener reunidos algunos miles de duros, cuando al fin llegó á la meta de lo que había soñado, le cogió un *aire celestial* y se lo llevó *Pateta*.

Su vida se casó al punto, olvidando al pobre Juan, pues, como dice el refrán, el llanto sobre el difunto.

Y con lo que lentamente el muerto economizó, el vivo se divirtió y gastó espléndidamente.

Creo que lo que usted dice está bien, y no protestos; ¡pero después de ver esto, el diablo que economice!

MANUEL SORIANO.

UNA EXPLICACIÓN

Oportunamente se recibió en esta Redacción el comunicado del señor D. Alfredo Escobar, cuya publicación anunciamos en el número anterior.

Examinado detenidamente dicho artículo y no encontrándolo, á mi parecer, ajustado en su forma al carácter de tal *comunicado*, sino al de una polémica puramente personal que es de mi deber evitar en el periódico, me abstengo de publicarle, esperando que el mismo Sr. Escobar aprobará mi conducta, una vez que dicho señor ha contestado ya á *Clarín* en las columnas de *La Época*.

SINESIO DELGADO.



CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Sr. D. T. B.—Oviedo.—Descuidadísima la forma. ¡Qué más quisieran *perfecto y preciso* que ser consonantes!

Clarín.—Mala guisa tiene usted para trovador gentil, ¡oh querido amigo! Y no se puede decir *abrevol*. Es pecado.

Doctor Gandinga.—Si no se puede darlas de andalaz gracioso, porque á lo mejor dice una cada estupidez que canta el sagrado misterio.

Atiia.—No puedo complacerle *esculpando* en el periódico, como usted dice, ese sonetito epigramático. ¡Buenas esculturas nos dé Dios!

El Brocante.—¡En el nombre del padre, que escribe la carta, del hijo, que ha escrito la composición, y del Espíritu Santo... que no ha intervenido para nada en el asunto!

Sr. D. J. N. B.—Me saben á cosa conocida. Y usted dispense, pero me saben.

Sr. D. M. J.—Mal no están del todo, pero usted lo ha dicho, ninguno vale la pena.

Bungo.—Así versifican todos los besugos, en vez de palabras poniendo tarugos.

Sr. D. J. G.—Vich.—Puede remitir el importe en libranza.

El de la flauta.—¡Hombre! ¿De veras se le ha ocurrido á usted ese cantar? ¿Cuándo? ¿Cómo ha sido? ¡Tocando la flauta! ¡Oh fuente divina de inspiración y acicate del ingenio!

Sr. D. A. F. O.—No puedo aprovechar nada absolutamente.

Esté Golt.—El soneto es malo de remate. Y se va usted á convencer viendo impresos los dos últimos *endecasílabos*: «¡He aquí abundante material que es bueno para hacer un soneto á una niña ahora.»

Cuente usted las sílabas, y si tiene once cada uno, que me ahorquen mañana á las siete y cuarenta y cinco.

Marinero.—Á la mar que te vayas, marinero, la maza de tus sueños no irá contigo.

El Lego.—Bastante mediana. Los versos que cita no son versos. Son retazos de prosa... mala.

ANUNCIOS

LA COMPAÑÍA COLONIAL

HA OBTENIDO

EN LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS

Medalla de oro, por sus Chocolates.

Medalla de oro, por sus Cafés.

Medalla de oro, por su Tapioca.

DEPÓSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20

SUCURSAL

MONTERA, 8, MADRID



—Agarraos sin miedo, que el pantalón es de la sastrería de Pisuerga y no se desgarrará ni á tiros...

Magdalena, 20.



Anda y díles á tus tías, si yo no les hago gracia, que como en las Tullerías con toda la aristocracia.

Matute, 6.



BOCA Y MUELAS

Se tienen fuertes, sanas, perfumadas y sin dolor, usando á diario el mejor de los dentífricos

LICOR DEL POLO DE ORIVE que calma los dolores de muelas al descuido que no sigue la Higiene de la boca y los evita infaliblemente al que se enjuaga con tan superior dentífrico una vez al día. Blanquea y fortifica la dentadura, endurece, sonrosa y tonifica las encías y embalsama y perfuma el aliento viciado por enfermedades ó tabaco. Extiéndele con la marca de fábrica en las farmacias y perfumerías de crédito, que, como todo producto de mérito, tiene muchos imi-

EL MISMO DEMONIO



Es un frasquito muy rebonito que tiene esencia de romerito, y me ha costado cuatro pesetas (1).

¡Miau!
¡Cállate, morrongo, no me comprometas!

(1) En la Perfumería Americana, Espoz y Maza, 26.



—Y así estaré hasta que me acaben la docena de camisas que he encargado á casa de Martínez! ¡Porque yo no las compro en otra parte de ninguna manera!

San Sebastián, 2.



—A la prevención!
—Señores, ¡alto! Yo no he bebido más que cognac fino de Mogueur.

—Entonces... soltarle, porque tiene una borrachera distinguida.



El párroco de Alcañiz para cantar el responso usa camisas de Alonso (1) en vez de sobrepelliz. Y los fieles, con fervor, dicen que así está mejor.

(1) Y Arbizu, plaza de Santo Domingo, 18.



Ya que hace frío, el que pueda y tuviera gusto en ello, compre un pañuelo de seda para el cuello.

Tirso Rodríguez.—Atocha, 76 y 77.

TIRSO PÉREZ
Mayor, 73.

—Pues verán ustedes. Yo tenía un duro y un raigón. Fui á casa de TIRSO, y por el duro me sacaron el raigón sin que me doliera. De modo que ahora no tengo ni el raigón ni el duro.

SOLUCIÓN

á la fuga del núm. 453.



Á los hombres dijo Diego —¡Qué bastones tiene en venta Gras hijo, Alcalá, cuarenta, y Príncipe, veintidós!



—Bueno, y ¿dónde vamos á comprar la cama de boda?

—En cualquier parte.

—No; en cualquier parte no; tiene que ser en el Bazar de camas de la plaza de la Cebada, número 1. ¡Es un antojo mío!

—¿Ya?



FÁBULAS Y CUENTOS

de

JOSÉ ESTREMERÁ

Un elegante tomo de 290 páginas.

Precio: 2 pesetas.

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO, FESTIVO É ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Pago adelantado, en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primera derecha

Teléfono núm. 2160